

Diálogos

Diálogos - Revista do Departamento de
História e do Programa de Pós-Graduação em
História

ISSN: 1415-9945

rev-dialogos@uem.br

Universidade Estadual de Maringá
Brasil

Rocha Monsalve, Víctor M.

"Trabajadoras de falda y cuello blanco". Género, clase y política en la experiencia laboral femenina en
los inicios de la cultura de masas en Santiago de Chile, 1900-1930

Diálogos - Revista do Departamento de História e do Programa de Pós-Graduação em História, vol.
16, núm. 2, mayo-agosto, 2012, pp. 445-485
Universidade Estadual de Maringá
Maringá, Brasil

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305526885004>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

“Trabajadoras de falda y cuello blanco”. Género, clase y política en la experiencia laboral femenina en los inicios de la cultura de masas en Santiago de Chile, 1900-1930^{*}

Víctor M. Rocha Monsalve **

Resumen. A partir de las propuestas conceptuales provenientes del feminismo postestructuralista y los estudios de género, en este artículo se abordan los discursos y las prácticas sociales sobre el trabajo y las trabajadoras del sector de servicios en el proceso de modernización de Santiago durante las primeras décadas del siglo XX. Dblemente ausentes de las representaciones historiográficas hegemónicas centradas en el análisis de la política del trabajo masculino y marginalmente en la situación de la mujer obrera, proponemos indagar, por medio del carácter performativo de la prensa y las revistas de la naciente cultura de masas, los procesos articuladores en la definición de los lenguajes genéricos, sexuales y de clase; de las relaciones y trayectorias sociales que intervinieron en la construcción de las identidades laborales femeninas desde del análisis simbólico/material de una semiótica sexuada del trabajo moderno.

Palabras clave: Trabajadoras; Género; Clase; Identidades laborales; Cultura de masas.

Workers using skirts and white collars: Gender, class and politics within the female labor experience at the start of mass culture in Santiago de Chile from 1900 to 1930

Abstract. Taking into consideration the principles of post-structural feminism and gender studies, current investigation analyzes the discourses and social practices on labor and female workers of the service section within the modernization process of the first decades of the 20th century in Santiago de Chile. Women were doubly absent from the hegemonic historiographic representations centered on the analysis of the male labor policies. They only represented peripherically the situation of the female worker. By means of the

* Artigo recebido em 13/01/2012. Aprovado em 09/02/2012. Financiado por Fondecyt, proyecto n. 1095126.

** Universidad Diego Portales. Santiago, Chile. E-mail: vrocha_monsalve@yahoo.es

performative traits of the press and magazines of the fledgling mass culture, the processes to define gender, sexual and class discourses are investigated. The relationships and social trajectories that intervene in the construction of feminine labor identities from the symbolical/material analysis of sexual semiotic of modern labor are studied.

Keywords: Female workers; Gender; Class; Labor identities; Mass culture.

“Trabalhadoras do setor de serviços”. Gênero, classe e política na experiência de trabalho feminino no começo da cultura de massas em Santiago de Chile, 1900-1930

Resumo. Neste artigo, a partir das propostas conceituais derivadas do feminismo pós-estruturalista e dos estudos de gênero, são estudados os discursos e as práticas sociais sobre o trabalho e as trabalhadoras do setor de serviços durante o processo de modernização em Santiago de Chile, durante as primeiras décadas do século XX. Duplamente ausentes das representações historiográficas hegemônicas centradas na análise da política do trabalho masculino e marginalmente na situação da mulher operária, através do caráter performativo da imprensa e das revistas da recém-surgida cultura de massas, propomos indagar os processos articuladores na definição das linguagens de gênero, sexuais e de classe; das relações e trajetórias sócias que participaram na construção das identidades trabalhistas femininas a partir da análise simbólico-material de uma semiótica sexuada do trabalho moderno.

Palavras chave: Trabalhadoras; Gênero; Classe; Identidades no mundo do trabalho; Cultura de massas.

Los que han resuelto colocar mujeres para atender las comunicaciones de la ciudad, conocen bien el corazón humano. El servicio esta inteligentemente dirigido por una distinguida señora que no quiso caer bajo el foco de 'ZIG-ZAG'. Ella atiende incesantemente los aparatos mecánicos y humanos; los vigila sin interrupción, guarda el orden y el trabajo de ese vasto laboratorio de conexiones y enredos eléctricos. A pesar de todo, no muestra semblante malhumorado; por el contrario, una fisonomía simpática y agradable sonríe siempre con resignada cortesía (ZIG-ZAG, 19 feb. 1905).

Dactilógrafas, telefonistas, empleadas administrativas y vendedoras de tiendas formaron parte de los nuevos sujetos que ocuparon el espacio público producto del proceso de modernización que experimentó la sociedad chilena a

comienzos del siglo XX. Estas modernas ocupaciones surgidas de los requerimientos de la vida urbana se constituyeron en los principales sectores de la visibilidad del trabajo femenino asalariado en los soportes de la incipiente cultura de masas. En este sentido, nuestro interés principal es analizar las figuraciones de estas trabajadoras en los discursos circulantes de la industria cultural del período por medio de los dispositivos de representación textual como visual de las publicaciones periódicas, especialmente de los magazines, la prensa femenina y feminista, con la finalidad de dar cuenta de las ansiedades y de las tensiones genéricas-sexuales que generaba su presencia pública. De esta forma al reconstruir las particularidades de sus experiencias e identidades laborales, a pesar de las diferencias de educación, procedencia social o incluso el prestigio que las separaba de la situación de las obreras, nos permitirá evaluar el peso de la ideología de la domesticidad y las rearticulaciones que las propias mujeres elaboraron frente a sus normatividades en un mercado del trabajo altamente masculinizado.

Los servicios urbanos y oficinas estatales, las casas comerciales, las fábricas de vestuario y confección, los talleres a domicilio, las industrias de alimentos, entre otros, se transformaron en los espacios cotidianos a través de los cuales se definió la modernización, especialmente de los sectores populares y medios (HUTCHISON, 2006; DESHAZO, 2007). Sin embargo, estos espacios laborales, con sus propias lógicas y ritmos, terrenos que han permitido elaborar una cartografía de los procesos de cambios experimentados por la sociedad, también se conformaron en el soporte material para la construcción de nuevas subjetividades -y de actuación de los disciplinamientos sociales y biopolíticos- que en el caso de las mujeres asalariadas desafían los modelos identitarios dominantes. En consecuencia, cuando exploremos las narrativas como las retóricas referentes a las trabajadoras del sector terciario en el marco de las dinámicas simbólicas del proceso de consolidación de una cultura de

masas, nos interesará identificar los nudos y las convergencias representacionales asociadas a la problemática del trabajo femenino en un período de tensión frente a los avatares de la modernidad.

Los cambios socioeconómicos que experimentó Santiago fueron acompañados por un vertiginoso proceso de urbanización vinculado con el crecimiento de la población ante el arribo masivo de mujeres desarraigadas como por la diversificación de sus necesidades y servicios, transformando la fisonomía decimonónica de una ciudad “patricia y civilizada” (BRITO, 1995). Fue en este momento de formación de una cultura urbana, producto del impacto de las tecnologías de comunicación y transporte, por un lado, y de la ampliación del rol educativo y burocrático del Estado, por el otro, cuando las mujeres comenzaron a engrosar las estadísticas de las actividades laborales no sólo como profesoras, visitadoras sociales, matronas y enfermeras,¹ sino también como dactilógrafas; telefonistas y secretarias de cuello blanco en el sector público y privado. Al consolidarse el consumo y además el comercio urbano, producto de la instalación de casas comerciales de origen local e internacional, se abrieron nuevos campos para el trabajo femenino. La inauguración de tiendas de todo tipo, que hacia 1930 alcanzaban el número de 1.143 dedicadas a los rubros del vestuario, tocado y calzado (BOLETÍN MUNICIPAL DE SANTIAGO, 1930), requirieron del trato amable y atento de señoritas educadas de buena presencia, vendedoras de mostrador destinadas a realizar actividades como el cobro, la reposición, la envoltura de los productos comprados y de empleadas calificadas para las actividades de administración.

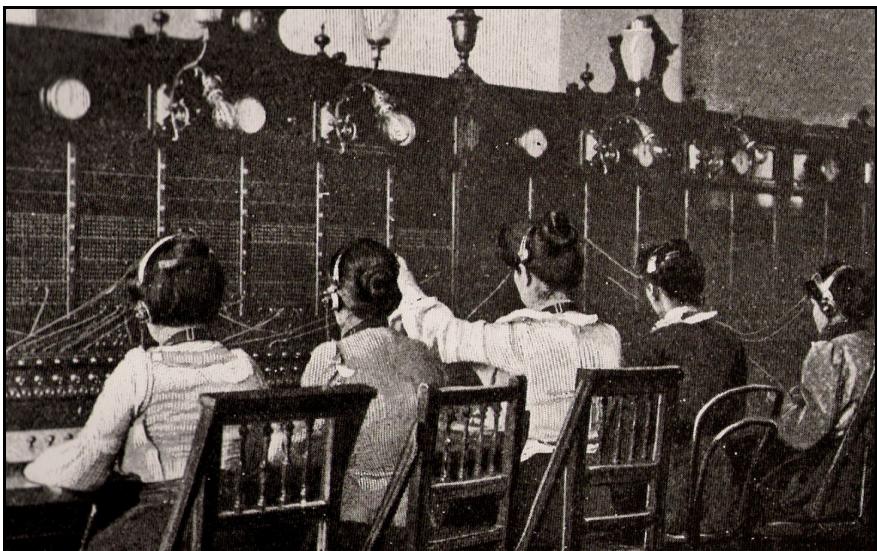
¹ Sobre las maestras y el proceso de feminización de la educación: EGAÑA; NÚÑEZ PRIETO; SALINAS, 2003. Respecto a la emergencia profesional de las visitadoras sociales y su papel de medicación sexo-política al interior de una sociedad en crisis, el trabajo de ILLANES (2007) es uno de los más interesantes a nivel reflexivo y documental. La figura de la matrona en relación con la profesionalización y masculinización de la asistencia gineco-obstétrica en particular y médica en general, véase en ZÁRATE (2007).

La irrupción de las mujeres en el mundo del trabajo asalariado quedó rápidamente de manifiesto al representar un tercio de la población económicamente activa en 1907. Si bien el sector económico más importante en términos de empleabilidad fue el industrial, específicamente en las actividades textiles, de vestuario y alimentos, fueron paulatinamente ingresando en el sector de servicios experimentando un sostenido ascenso a partir de 1920 (HUTCHISON, 2006; LAVRIN, 2005). Este cambio ocupacional posibilitó su integración en un ámbito laboral altamente significativo para las nuevas necesidades de la vida urbana asociadas al sector administrativo y los servicios. El crecimiento se hace evidente en las estadísticas: de 1.160 se pasó a 10.831 mil trabajadoras en sólo veintitrés años, destacando dentro de este sector la presencia de contadoras, telefonistas, empleadas administrativas, entre otras. En tanto, en el sector de transporte se identificó la presencia en la Compañía de Ferrocarriles de 564 tranviarias y 116 empleadas, aunque sin precisar sus oficios particulares de acuerdo a las cifras del censo de 1920. La misma tendencia se hace presente en el ámbito comercial, durante el período intercensal de 1907 y 1930 se aprecia un aumento considerable desde 13.176 a 28.183 mil trabajadoras en diversas labores (GÁLVEZ, 1992).

Estas cifras son ratificadas en la investigación realizada por el escritor Fernando Santiván al concluir sus visitas a las grandes tiendas de Santiago, destacando la Casa Francesa, Casa Pra, Gath y Chaves, que “no menos de tres mil jóvenes, sensibles y relativamente educadas, viven en Chile de su trabajo arrastradas por la corriente avasalladora del progreso moderno” (SANTIVÁN, 1913, p. 388). Sin embargo, Santiván reconoce de inmediato una serie de particularidades que las diferencia de otras trabajadoras indicando en el comienzo del artículo que “no nos refiriéremos aquí por supuesto al hogar obrero, cuya condición es por demás conocida,

sino de la familia que se llama de clase media, cuyos hábitos y cultura están por muy encima de las del bajo pueblo...”. Posteriormente de esta breve caracterización social, que las sitúa entre los escurridizos llamados sectores medios, Santiván trata de construir una definición subjetiva de estas trabajadoras a partir de sus comportamientos, ya “que las niñas han sido educadas en un liceo, gustan de la vida sociable, sienten la necesidad de vestir con decencia y corrección, han leído algunos libros y tienen aspiraciones mas o menos elevadas”. Sobre estas jóvenes “niñas” trabajadoras, que el propio Santiván motivado por la curiosidad de saber quiénes eran lo lleva a entrevistarlas en los lugares de trabajo e incluso a conversar con sus jefes, nos proponemos reconstruir aquí sus experiencias laborales considerando para ello las narrativas, imágenes y voces que las propias mujeres desplegaron en torno a su presencia y andares en un Santiago agitado por los aires modernizadores.

Figura 1. Imagen de las telefonistas que acompañaba uno de los primeros artículos sobre esta actividad.



Fuente: ZIG-ZAG, feb. 1905.

Santiago: la gran tienda por departamentos

Iris:... pasamos para la Alameda iluminada por primera vez con luz eléctrica, aunque los faroles parpadean a ratos y tenemos que detenernos... Después de muchas dificultades por la cantidad de gente que participa en las fiestas llegamos al Parque Forestal recién inaugurado... A nosotras nos llevaron a los almacenes Gath y Chaves de cuatro pisos con muñecas grandes vestidas a la moda en las vitrinas y un salón de té en el cuarto piso. Mi mamá sólo habla de los nuevos edificios de Bellas Artes y de la Biblioteca Nacional que por fin son una realidad en Chile y sacarán de la mediocridad y necesidad a este país y del biógrafo que me parece -como ella asevera- un invento muy interesante (ECHEVERRIA, 1998).

Las mutaciones de un paisaje citadino en constante construcción por medio de la electrificación de sus calles, la utilización de tranvías como automóviles y la masificación de los medios de comunicación popular fueron acompañadas por la incursión de nuevos actores que convergieron en este escenario revolucionando la experiencia cotidiana y posibilitando el desarrollo de nuevas performances subjetivas. La sensación de estar frente a importantes cambios se evidencia en el paso de una ciudad triste, aquella de los salones sin mucho movimiento, de ese "Santiago que se fue" según la crónica de Benjamín Vicuña Subercaseaux, a una ciudad que vive el progreso material por medio del comercio y donde:

las líneas del ferrocarril comunicaban a la capital con casi todo el país. Compañías de vapores nos ponían a un paso de Paris. Santiago tuvo que despertar, ponerse en movimiento, en actividad, en fiesta, para llegar a ser, en treinta años, lo que es ahora, ciudad bella, rica, adelantada, donde 400,000 almas viven sin extrañar las ciudades europeas (VICUÑA SUBERCASEAUX, 1918, p. 7).

La ciudad alegre encontraría así en las grandes tiendas uno de sus espacios fundamentales para (re)crear constantemente la impresión de vivir aires de cambio, en un país orientado por el dominio del progreso que rápidamente ingresaba al tiempo histórico de la productividad postcolonial desde la velocidad técnica de los transportes de movilización

de mercancías y personas, ubicando a Chile a tan sólo “un paso de París”, es decir, cada vez más cerca para concretizar ese anhelo de parecer una nación civilizada. En el mismo sentido, la escritora y columnista de *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado*, María Flora Yáñez, nos ofrece un relato iluminador desde la evocación de su memoria infantil al describirnos el impacto que le produce el renovado espacio urbano con sus rascacielos y fabulosas tiendas que incitaba la mirada y el anhelo por la mercancía. Acompañada por una sirvienta de mano, recuerda, se subía a uno de los tantos tranvías que:

atravesaba las cuadras de Estado y seguía su marcha hacia la estación por la Alameda de las Delicias, dejándome frente a la puerta del colegio. El trayecto era largo, pero desde mi asiento yo me entretenía en mirar las vidrieras y tiendas de la calle Estado y luego las casonas de la Alameda. Cada mañana y en el mismo sitio mi corazón empezaba a latir: era que íbamos ya a enfrentar el Bazar Alemán de Kraus, la más importante juguetería de Santiago... El carro pasaba siempre en el preciso instante en que el dueño de la juguetería daba vueltas al llavín de la cerradura y abría ancha la puerta. Mis ávidos ojos alcanzaban a divisar la aglomeración de maravillas guardadas adentro. Y los colores vivos de aquellos juguetes, dispuestos en hilera hasta el techo, me cegaban un momento produciéndome una especie de vértigo (YAÑÉZ, 1960, p. 41).

La ciudad se convertía en los ojos de la niña María Flora a modo de una gran vitrina donde se exhibían ordenadamente las últimas novedades en juguetes. Las tiendas cristalizaban por medio de su complejo exhibicionario ese mundo transparente y al tiempo que espectacular de las plusvalías del capitalismo y su promesa cosmopolita. En la juguetería de María Flora y las muñecas a la moda de Iris se materializan los procesos de fetichización de los objetos-mercancías tanto en su dimensión deseante, relacionado con el consumo erótico y fantasioso de un valor de uso distintivo, como en su dimensión de valor de cambio asignado a los artículos de masas en el tiempo de la modernización industrial.

Figura 2. Edificio de la Compañía Chilena de Electricidad ubicado en la calle Ahumada y conocido como "El Palacio de la Luz". En el primer piso se encontraba la tienda donde se exhibieron y comercializaron los primeros artículos eléctricos de uso doméstico.



Fuente: Archivo Fotográfico Chilectra, 1929.

El deseo de ver y el placer de mirar, retículas subjetivas de la modernidad problematizados por los saberes médicos en su condición de perversiones asociadas al repertorio sexual del voyerismo y el exhibicionismo, fueron la bases éticas y democráticas de unas ciudadanías visuales construidas en un tiempo y un espacio de las formas en constante transmutación. Del ser y el parecer de un sujeto/cuerpo devenido en transeúnte callejero, movilizado por el encantamiento mágico del consumo de fetiches, objetos-signos de lo artificioso como lo duplicado, y por las tecnologías de la imagen. En uno de

esos tantos manuales de medicina legal destinados para la policía, al hablar del fetichismo y el exhibicionismo, principalmente masculino, se mencionan como los más comúnmente utilizados al calzado, los pañuelos, las medias de nylon y los cosméticos (BENÍTEZ, 1932, p. 90), es decir, el catálogo de compra de mercancías arquetípicas de los modernos hábitos de consumo y de un actor en especial: las mujeres. “El salir de compras” no sólo involucró el desplazamiento de las mujeres desde lo privado a la calle, lugar de encuentro con otras u otros, sino además su incorporación a una cultura moderna del consumo que implicaría necesariamente el desarrollo de renovados comportamientos y actitudes que organizarían la vida cotidiana, bajo lo que Benjamín Vicuña Subercaseaux designó como “el tiempo del trabajo i la actividad humana”, relacionado con una nueva geografía femenina de los usos de la ciudad. El voyerismo costumbrista del autor se detiene con una mirada modernista a describir estos nuevos andares en un:

Santiago [que] no duerme ya la siesta como en los tiempos de la colonia... Desde la 2 hasta las 5 de la tarde... se observa bastante movimiento en el ‘centro’, en las tiendas i los almacenes, movimiento que lo forman principalmente las mujeres. Es la hora en que salen, no ya como en la mañana a mostrarse i a ver, con un paquete artificial, pero sí, a hacer compras, a llevar paquetes de verdad. Las que son madres de familia compran cosas para los niños i pertrechos para la casa, las solteras van a los trapos, a los sombres, a las modistas, pues apenas ha comenzado un estación cuando ya viene otra i han de cambiar de indumentaria... (VICUÑA SUBERCASEAUX, 1918, p. 126).

En esta economía del deseo, armada desde las reglas arquitectónicas del proyecto modernista que intentó decir lo que nos debía gustar y cómo deberíamos vivir (PRECIADO, 2000), lo importante era la producción semiótica como técnica de unas identidades hegemónicas mediante el sueño consumidor. Paradójicamente estos espacios se conformaron a su vez en los intersticios para la transgresión mediante los dispositivos públicos de ordenamiento urbano con sus cartografías de limitación de los barrios marginales o en nuestro caso a través del régimen escópico. Finalmente una

política de la mirada que con sus artilugios sensoriales, y conformada en el deambular deseante por las galerías de novedades y vitrinas comerciales, cautivó la curiosidad de las multitudes al poner en escena renovados códigos del pensar y el sentir la realidad asociados con la mercancía en su carácter de lo seriado e idéntico. En la visión de un joven paseante provinciano, Gabriel González Videla, futuro Presidente de Chile (1946-1952), Santiago se torna en un espectáculo inquietante desde el minuto de su llegada:

Al día siguiente tomamos el tren para Santiago, donde nos esperaba Don Ricardo con su hijo. Nos instaló en su misma residencia para dar comienzo de inmediato al programa de visita a los lugares más interesantes de la capital. Empezamos por echar un vistazo al centro comercial, causándome la mayor impresión las vitrinas de Gath y Chaves y de la Casa Francesa, con sus maniquíes vestidos a la moda y que yo creí seres vivientes que se exhibían como modelos. Este provincialismo mereció la burlesca crítica de Ricardo. Con todo, me gustó mucho un abrigo que en vez de mangas llevaba una especie de anchas aletas que exhibía un pequeño maniquí de mi talla. El modelo se llamaba 'macfarlán'. Mi padre me lo compró en el acto para satisfacer tan vivo deseo. Su precio estaba fijado en \$ 5,98. Yo quedé llevando tan original vestimenta (GONZÁLEZ VIDELA, 1975, p. 22-23).

Las tiendas por departamentos, utilizando el dispositivo del museo para exhibir productos traídos de distintos lugares con el fin de promover el fetichismo de la mercancía a través del placer de sus vitrinas, fueron el símbolo del establecimiento de una cultura de masas junto a otros medios escópicos como la prensa con sus fotografías y el cine (RINKE, 2002; OSSANDÓN; SANTA CRUZ, 2005). Las vidrieras con sus efectos ópticos eran el referente fundamental de una ciudad que, a través de la puesta en escena de los últimos adelantos electrónicos y productos de la industria del vestuario, comenzaba lentamente a experimentar las prácticas estéticas de la ilusión consumista con su promesa igualitaria (Figura 7). Luego de su visita a la *Casa Francesa*, una de las más antiguas tiendas de novedades de Santiago, el reportero de *El Mercurio* recoge el impacto que provoca una política de exhibición comercial destinada a incitar el consumo, cuando señala que:

desde algún tiempo a esta parte las vidrieras de las grandes casas comerciales constituyen una verdadera demostración de arte que atrae la admiración de los transeúntes, sin distinción de sexos, de clase ni condiciones. El comerciante sabe bien que lo que entra por los ojos convence en forma concluyente y se esmera en obtener clamoroso éxito en este sentido... sorprendiendo gratamente al espectador por el atrayente conjunto de luces, colores y elegancia (EL MERCURIO, 26 mar. 1926, p. 5).

La concreción de esta modernidad periférica con sus artefactos consumistas y subjetivos, siguiendo la definición propuesta por Sarlo (1998), encontraría su momento fundacional con la instalación de los *Almacenes Gath & Chávez* en la intersección de Estado con Huérfanos, dos de las calles más recorridas de Santiago (PLATH, 2010). Su edificio de hierro y cemento se levantaba imponente en una ciudad atrapada por la ilusión metropolitana con sus luces y vitrinas bellamente decoradas que diariamente maravillaron a los transeúntes hasta el día de su cierre en 1953. Para el renombrado escritor Joaquín Edwards Bello, en su condición de *flâneur* baudeleriano, es decir, un esteta del paseo, en una de sus crónicas sobre lo urbano y la actualidad, ese género literario soporte de las nuevas sensibilidades de la cultura urbana, afirmaba en un artículo suspicazmente titulado *El tiempo de Gath y Chaves*, que la inauguración de la tienda en septiembre del año 1910, en plena celebración del centenario de la independencia, ponía fin al orden espacial de un tiempo tradicional porque:

la ciudad se quitaba el manto colonial y abría su anfiteatro de montañas a la emigración internacional... Según los extranjeros en ninguna ciudad hay tantas tiendas como en Santiago... Todos sentíamos que algo mejor vendría. Un heraldo de progreso... el público respondía a las novedades. En este clima de maravillas, lo más sólido y verdadero fue la aparición de los Almacenes Gath y Chaves. Fue el segundo edificio de concreto armado con fiero en Santiago... fue el delirio. Entre un cordón de polizontes, opacos, se precipitó un enjambre humano de todos los barrios, el Parque, la Quinta, Chuchunco, la Chimba, el Centro, en mayoría el sexo llamado débil... mezclados en un sola masa, acudieron a la novedad. Tomen una Zig-Zag del tiempo y verán (EDWARDS BELLO, 2000, p. 148).

Figura 3. Casa de compra Gath & Chaves, Santiago, 1910.



Fuente: Museo Histórico Nacional.

A los ojos de Edwards Bello la inauguración de *Gath y Chaves*, con su imponente edificio erigido neurálgicamente, daba el inicio a nuevo orden de cosas: aquel del tiempo cosmopolita en el cual sus correlatos sociales de optimismo y exaltación permanente del presente permitían borrar de una vez por todas los vestigios de una sociedad del tiempo lento y distancias abismantes, asociado con el polvoriento pasado de la ciudad colonial. Santiago experimentaba vertiginosamente la modernidad urbana a través de constantes acomodamientos en sus tejidos físicos, sociales e identitarios que a su vez traerán consigo profundos quiebres en la vivencia diaria de lo público y lo privado. Esta situación posibilitó la formación de nuevas sensibilidades relacionadas con el impacto de la diversificación de los espacios comunicativos y las renovadas formas de mediación social a través de la incorporación de las materialidades y tecnologías visuales de la cultura de masas. Cultura donde la novedad, sustancia historicista de la modernidad, deviene en fetiche que

encontraría en las vidrieras de las grandes tiendas con sus mercancías y las revistas magazineras, en su particularidad de almacenes de textualidades e imágenes sobre lo acontecido, los espacios performativos para la escenificación de los nuevos imaginarios y todos los comportamientos por medio de la “mirada” y del “mostrar” (OSSANDÓN; SANTA CRUZ, 2005). El mirar y el mostrarse se transforman en los instrumentos perceptivos fundamentales tanto para la construcción de las normatividades y las subversiones genéricas como para la definición de las prácticas discursivas relacionadas con la emergencia de la trabajadora en los nuevos parajes citadinos.

La irrupción de las trabajadoras modernas y sus narrativas genéricas-sexuales

¡Empleada! Desde muy temprano las vemos transitar por las calles, siempre de prisa, con la vista abstraída por la obsesión de la hora de llegada y del minuto de retraso, vestidas con el sencillo traje de trabajo, no desprovisto de cierta coqueta elegancia, confundidas en el tráfico de la vida que se desborda tumultuosa por las aceras del centro (SANTIVÁN, 1913).

En este contexto de reconfiguraciones, las trabajadoras, especialmente entre ellas la obrera, aparecerán a su vez como una figura reconocible pero problemática. Situándose de inmediato en el centro de múltiples debates caracterizados por un fuerte contenido moralizante en los cuales participaron activamente sus compañeros de clase junto a políticos, abogados y médicos. Si bien las discusiones sobre el impacto real y simbólico de la presencia de las mujeres asalariadas son agitadas al comenzar el siglo XX, al interior de la cuestión social con sus diagnósticos de crisis y el avance político del proletariado (YÁÑEZ, 1960), una definición parece dominar el panorama discursivo en su escenificación legislativa como sanitaria: el mejor ámbito para el desarrollo de la mujer dentro del orden social era la familia, lo doméstico y la maternidad debían ser el núcleo de su identidad sin importar su clase. El trabajo de la mujer, fuera fabril o que se apartara del modelo tradicional -madre/esposa

recluida al espacio privado-, significaba muchas veces presencia en la calles, desplazamiento que será pensado como una condición marginal, pasajera en la vida individual e intrascendente para la vida colectiva. Un mal menor con el cual debían convivir el Estado, los sindicatos y patrones con una relativa incomodidad silenciosa. En esta política de la identidad sustentada en la ideología de la domesticidad por medio de su modelo del “ángel del hogar”, a la manera de la “perfecta casada” (NASH, 1995), compartida transversalmente por los distintos actores sociales que intervienen en los debates referidos a la “cuestión de la mujer”, la feminidad quedó delimitada por el ejercicio de la maternidad y sus semánticas asociadas a la naturaleza femenina: el cuidado de los otros en su condición de función legítima, es decir, encargada de mantener del discurso reproductivo y afectivo de la familia heterosexual.

Por su parte, los discursos circulantes sobre las mujeres en el ámbito laboral, fueron enunciados por los sectores conservadores o las organizaciones obreras, atribuyeron al trabajo femenino fuera de la tranquilidad de la casa efectos de degradación social e incluso biológica, al tensionar la viabilidad del desarrollo estatal. Proyecto de gubernamentalidad íntimamente relacionado con la reproducción biopolítica de las fuerzas somáticas de la nación a través de los principios normativos de las identidades genéricas-sexuales. El trabajo femenino complejizaba la construcción de ese ideal maternal y obligaciones productivas asociadas con él. Según Luis Emilio Recabarren, uno de los principales líderes de los trabajadores, representante del accionar civilizador de cuño ilustrado, los obreros no debían fomentar el trabajo femenino no sólo por la competencia desleal que éste representaba para los intereses de la lucha obrera, sino también “porque el trabajo aniquila y deforma el organismo... empobrece la sangre,... produce la tuberculosis, daña los órganos de la generación, e incapacita a las mujeres para ser madres competentes para la salud de sus hijos cuando los tenga” (RECABARREN, 21 ago. 1915, p. 2. In: RECABARREN, 1985).

Sin embargo, a nivel de las representaciones circulantes, la angustia causada por la competencia laboral se constituyó en un motivo permanente para rechazar las incursiones femeninas al erosionar una masculinidad afincada en el trabajo y el salario. Fundamentos identitarios para su accionar tanto público como privado, que encontraría en el modelo del padre proveedor, principal referente de las vanguardias obreras como de la gestión sociopolítica de los aparatos estatales de administración de salud, previsión y asistencia social. A través de la Lira Popular en su calidad de noticiario poético popular, uno de los principales formatos de la ampliación de la industria cultural compuesta por centenares de hojas sueltas que eran vendidas para ser leídas o cantadas, podemos rastrear la presencia de estos imaginarios sexuados de la urbe. En uno de los versos que dedicó a las cocheras de tranvías el poeta Bernardino Guajardo nos relata las impresiones de los trabajadores del transporte público, caracterizadas por un fuerte tono discriminatorio, ante la posibilidad que sus compañeras de labor se quedaran con sus puestos frente a una estratégica decisión económica de la empresa. Lo que se encontraba en juego finalmente para sus compañeros de clase -y para la sociedad general- era la potencialidad subversiva que poseían las actividades remuneradas en las relaciones de dominación al interior de la casa o en los espacios de trabajo como en su impacto en los salarios, amenazando, a decir de Hutchison (2006), la propia virilidad del movimiento obrero. Así, en la hoja N° 78 que lleva por nombre “agravio de los cocheros” leemos lo siguiente:

Los cocheros agraviados/con las cocheras están,/ellas a ocuparse van/y ellos serán desechados./Les dicen: -Allá veremos/cómo al invierno se avienen, si el agua y los fríos vienen/usando de sus extremos,/y entonces quizás seremos/de nuevo otra vez llamados,/para ser remunerados/con sueldo más lucrativo,/y están, por este motivo, los cocheros, agraviados... Habla un cochero maldito,/de las muchachas decentes,/que no son inteligentes/ni para tocar el pito,/y en cualquier conflicto/apuradas se verán;/los rotos no dejarán/de ponerles nombres,/porque en los trabajos de hombres,/ellas a ocuparse van (URIBE ECHEVERRIA, 1973, p. 44. La cursiva se encuentra en el original).

En otro pliego de la poesía “imprentada” que se distribuía en los lugares más transitados de Santiago, especialmente frecuentados por la multitud popular, Bernardino recoge las imágenes colectivas en torno a estas mujeres que libremente transitaban por las calles, dando cuenta de su condición de objeto de la preocupación masculina a través de una mirada ansiosa por un lado y, por otro, de los condicionamientos de género y clase de las que eran portadoras las percepciones respecto a estas mujeres públicas. De allí la profusión de discursos sobre la temida inversión sexual por medio del despliegue de tropos simbólicos relacionados con la masculinización pervertida de la trabajadora. No obstante, ante estas convenciones genéricas, asociadas a un orden tradicional en desarticulación por la modernización, el poeta cuando destaca la rectitud y laboriosidad de estas mujeres socialmente vilipendiadas, resignifica desde lo popular urbano su rol cada vez más activo en los espacios del trabajo moderno y la sociedad en general:

Insultos de los jerjeles (rotos)/reciben a cada paso,/y ellas hacen poco caso/de semejantes lebreles./Siendo en su servicio, fieles,/no importa que las rameras/las traten de madrineras/o de mujeres hombradas,/si honrosamente ocupadas/andan las niñas cocheras... Algunas niñas solteras/tal empleo no admitieron,/por lo burladas que fueron/las que salieron primeras/Si la cochera es viejona,/los pillos, sin camisa,/de ella empiezan a hacer risa/tratándola de rabona./Esto hace aquella persona/que no tiene educación./De toda la población/mil aplausos recibieron;/las primeras que se vieron/fueron dignas de atención./Por último, ya tenemos/cocheras y conductoras,/solo faltan inspectoras/las que muy breve veremos./Los hombres dicen: -¡Qué haremos!/,si todos nuestros quehaceres,/los ocupan las mujeres,/pues serán obras más bellas,/cuando representen ellas/el papel de bachilleres (URIBE ECHEVERRIA, 1973, p. 43-44. La cursiva se encuentra en el original).

La participación de las mujeres en el mercado de trabajo moderno remarcó el discurso médico como legal, no sólo corrompía la naturaleza femenina al ser un obstáculo para el efectivo desarrollo de su misión sino además ponía en peligro biológica como moralmente la vida y salud de los hijos nacidos o por nacer. Al respecto el doctor Emilio Croizet, utilizando un tono amenazador, sentenciaba en una conferencia realizada en la Universidad de Chile:

que hay un principio que rige toda la higiene infantil en el primer año de la vida y es el siguiente; siempre que no haya imposibilidad material, la madre deberá criar su hijo. Es una ley de la naturaleza, cuya transgresión conduce demasiado menudo a la enfermedad y la muerte... pero debe también aprender a criar... La mujer obrera es una afrenta de la civilización moderna, porque esta situación le quita generalmente el derecho de ser madre en toda la acepción de la palabra... y es uno de los mayores obstáculos a la crianza y uno de los factores de la mayor mortalidad infantil de las ciudades (CROIZET, 1912, p. 4; 9).

De esta manera, el cuerpo maternal como la sexualidad reproductiva ingresaban a formar parte de las discusiones respecto a los efectos indeseados de la modernización, su impacto en el capital humano por medio de la politización de la pobreza y el futuro de la nación encarnada en un cuerpo infantil medicalizado. En consecuencia, el Estado, preocupado por la disminución de la natalidad y las consecuencias del trabajo agotador, generó propuestas tendientes a proteger a la mujer que trabajaba fuera de su casa. La protección de la trabajadora, especialmente en su estatus de madre -así se reconoce en el Código del Trabajo del año 1931²-, se convirtió en uno de los tópicos que cruzaron las posiciones ideológicas, de género y clase sobre la agenda política desde la década del '20, fundamentalmente en el marco del establecimiento de un renovado pacto social de carácter asistencialista promovido desde el Estado por medio de sus agentes profesionales (ROSEMBLATT, 1995).

El cuerpo femenino en consecuencia se vinculó real como potencialmente con el cuerpo social de la nación, en tanto corporalidad reproductiva, la madre obtuvo carta de ciudadanía desde la acción biopolítica del Estado que promovía los valores maternales como base de la administración de la vida mediante los aparatos públicos de bienestar. El cuerpo de las trabajadoras, sin importar diferencia alguna, de acuerdo a un régimen epistémico homogeneizante de saberes, permitió articular un discurso

² CÓDIGO DEL TRABAJO. Santiago: Editorial Nascimento, 1932. Título III de la protección de la madres obreras, p. 68-71.

nacionalista sobre el progreso de la patria. La apropiación de la retórica eugenésica sobre la salud de la raza, que abordaba a la nación como un cuerpo que debía ser intervenido a través de la aplicación de políticas de profilaxis social altamente generizadas, encontró en la protección biomédica y legislativa del cuerpo de la madre trabajadora, sobre todo en el de la pobre obrera, su principal superficie de actuación regeneradora.

No obstante, la imagen de la mujer sola transitando por las calles, transformada en una problemática de aquello que el historiador británico Jeffrey Weeks denomina el pánico moral con sus retóricas somáticas (WALKOWITZ, 1995), construidas desde un habla que usa los imaginarios de la sexualidad para dar sentido y forma a las variadas transformaciones provocadas por la modernización, además de la emergencia de nuevos sujetos al ámbito público como político, aparece de manera recurrente en los discursos que mezclan el debate sobre las múltiples formas del trabajo femenino, la problemática de la pobreza y la disolución de la familia con la crisis de las fronteras entre los sexos en las nuevas geografías citadinas. El fantasma de mujeres libres exhibiéndose públicamente, portadoras de sexualidades peligrosas y objetos libidinosos, se encuentra muy presente en los discursos ambiguos que asimilan trabajadoras, especialmente obreras, con prostitutas, tratándolas en algunas ocasiones como víctimas del capitalismo y en otras como pervertidas, ejemplo de ello es el nombre de marcado carácter descalificador como clasista de la “rota fabricana”. Todo es sexualidad, nos recordaría Foucault, estamos frente a un régimen de proliferación de narrativas vinculadas por un lado al sexo y por el otro al género, nada de silencio, todo es sobreproducción lingüística de los cuerpos, plusvalías significantes y mercantiles que definieron la experiencia laboral de las mujeres.

El salir a trabajar solía ir acompañado de una permanente duda sobre la integridad moral, foco de habladurías que daban cuenta de esas historias melodramáticas o sensacionalistas. Economías escriturales de la cultura urbana,

narradas por entrega en los magazines o folletines, recogidas en el archivo oral de jóvenes que “daban el mal paso” cayendo en la vida fácil. Tropo discursivo de presencia casi invariable en el imaginario masculino que fue actualizado frente a un paisaje urbano donde el cuerpo femenino comienza a movilizarse libremente, gesto considerado transgresor al romper con su inmemorial deber de quietud decente. Un deber central de la domesticidad que podía ser fácilmente subvertido, sostenía el médico Ramón Allende Padín, principal autoridad citada en las discusiones higienistas en relación con la reglamentación de la prostitución, por medio de la:

miseria y orgullo o vanidad... causas que marcan siempre los primeros pasos en el camino del vicio. Ciertas profesiones lo favorecen también. Así se ve que la corrupción se encarna en las masas y que los talleres llegan muchas veces a ser verdaderas escuelas de mala costumbres, por ejemplo, por los malos consejos y tentaciones (ALLENDE PADÍN, 1875, p. 23).

En la misma línea, las representaciones literarias signaron a las trabajadoras con historias de engaños y desamores, pero a su vez, también se transformaron en símbolos de entereza y esperanza ante una ciudad amenazante, cotidianamente denunciada por la crónica roja. En la colección de novelas cortas de Lecturas Selecta del mes de febrero de 1928 se publicó *El romance de una dactilógrafa*, de la escritora María Flor Leclerc. En el prólogo se menciona que la autora “de fino gusto artístico” poseía entre sus “aficiones primordiales” ir al cinematógrafo, dando cuenta del impacto cultural de este medio de comunicación en las subjetividades. Se trata de una “novela sencilla... escrita con fluidez y amenidad”, donde se relatan las peripecias de Rina, una esforzada, diligente y honrada dactilógrafa, cuando encuentra trabajo en una importante oficina de Santiago. Sus jornadas de trabajo, salidas al cine, en particular su amorío con Jorge, “un joven esbelto como varonil” sobrino del jefe, son los momentos narrativos centrales en la historia de esta “señorita moderna”, según la opinión conservadora, pero

para quien “su empleo era casi una liberación económica y moral” (LECLERC, 1928, p. 11). Así lo demuestra al decidir marcharse de la casa de sus tías para buscar otro lugar, porque no estaba dispuesta a “amoldarse a ideas del siglo pasado”. Por medio de estos relatos melodramáticos, la industria editorial no sólo consolidó una estrategia comercial vinculada con la mayor presencia de las mujeres como sujetos de producción y consumo cultural, sino a su vez permitió encauzar las nuevas subjetividades urbanas desde la lectura semanal de dichas historias. Junto a Rina, Lectura Selecta puso a la venta entre otras novelas *Una mujer muy moderna*, del escritor argentino Manuel Gálvez, lo que demuestra su marcada preferencia por un público femenino, objetivo cada vez más evidente en los avisos publicitarios de los artefactos “propios a su sexo”: la moda, belleza, salud y las tecnologías para el hogar moderno, entre otros, encontraron en este medio masivo una de sus principales herramientas de comercialización. “El sueño de toda señorita es tener medias elegantes pues con la moda actual son la prenda de vestir más importante”, versa un anuncio de la tienda “La reina de las medias” de la calle Ahumada con Estado, ubicada estratégicamente en la contraportada interior de estos libritos de bolsillo para el deleite femenino.

No olvidemos que la lectura es un arte microscópico, un filtro que permite darle sentido a la experiencia al ser un ejemplo de ella, nos recuerda Ricardo Piglia en *El último lector* (2005). Un acto óptico y físico que en el caso de los magazines femeninos, con sus páginas de variedades ilustradas, articulan dos fenómenos significativos. Por un lado, reveló la irrupción de un sujeto femenino portador de nuevas subjetividades en la industria cultural y, por otro, permitió conformar y encauzar necesidades y expectativas sobre la condición de las mujeres en un espacio escritural como lector con una cada vez más numerosa presencia femenina. Una de las

escritoras más influyentes del feminismo maternalista de principios del siglo, orientado paradójicamente al reconocimiento ilustrado de los derechos de las mujeres desde la apropiación del discurso conservador de la maternidad, Mariana Cox Stuven o Shade, en uno de sus artículos para *Familia*, revista dedicada exclusivamente al hogar como dice su portada, explícita esta relación cuando escribe que:

‘Familia’ y ‘Zig-Zag’, en estos últimos tiempos, me han proporcionado horas de intensa alegría espiritual. He llegado a considerar a ambas revistas, si no peco de exagerada, como portavoces u órganos oficiales de la evolución feminista. Sus páginas dan publicidad a interesantes entrevistas femeninas y a colaboraciones de distinguidas damas que rompiendo antiguas tradiciones y abandonados añejos e infundados prejuicios, han puesto al servicio del ideal de la evolución de la mujer, su talento, su ciencia, sus energías y sacrificios personales... Bastante han tenido que batallar, si, para establecer ese equilibrio de garantías intelectuales y sociales que la mujer de hoy día reclama con más razón que nunca; pero aún no, mucho se ha conseguido... También contemplamos con profunda satisfacción el progreso que han alcanzado instituciones femeninas... Entre estas se admira al “Club de Señoras”, verdadero centro de cultura social, intelectual y artística, que está llamado a producir un elevado grado de cultura moral y científica en el alma femenina... De esta benéfica institución... saldrán mujeres hábiles preparadas para desempeñar brillantemente la misión que les corresponde cumplir en sus estados de hijas de familia, esposas y madres, y, por consiguiente, donde ellas estén, estarán también quienes llenen cumplidamente sus deberes, para lo cual, se supone, se habrán preocupado del cultivo moral e intelectual de los que están a su alrededor (FAMILIA, n. 86, 1917, p. 5).

De esta manera, el trabajo femenino en los discursos circulantes se vinculó de manera explícita con la conducta moral de las propias mujeres, ingresándolo constantemente en el ámbito de la naturaleza genérica, de lo particular a su sexo. Las cobradoras de tranvías de Santiago y de Valparaíso, principales centros de la industrialización, pasaron a ser la figura en la cual se sintetizaron todos estos discursivos deslegitimadores de la presencia de las mujeres en la vida moderna mediatizada por el uso del tranvía. Así, podemos leer en la principal revista ilustrada de acceso entre los sectores altos como populares, *Zig-Zag*, la siguiente descripción sobre estas transgresoras de las normas genéricas en sus salidas callejeras:

la experiencia nos enseña la triste realidad de lo que ocurre, y que esa descripción halagüeña con que el diario discurre, nunca será otra cosa que fantasías de color rosa. Yo le daría un premio al que hallara entre todas las del gremio, no digo educación, ni cortesía, que eso ya es joyería, sino tan sólo una, por excepción siquiera, que no le tenga horror al agua fría, o en fin, al agua de cualquier manera... he visto, sí, otras cosas, entre las cobradoras del tranvía: caras que regaladas son muy caras, y de noche y de día peleas, discusiones, algazaras que ellas provocan y jamás impiden; las manos sucias, los vestidos idem y además unos modos (ZIG ZAG, 20 ago. 1905, p. 47).

Figura 4. Imagen de una secretaria en la oficina con su jefe. Aparece sentada con las piernas cruzadas según las normas de una feminidad trabajadora relacionada con el decoro y la elegancia.



Fuente: Tira cómica. In: FAMILIA, dic. 1928.

Una de las características de este discurso sexuado fue su capacidad adaptativa y movilidad narrativa en los imaginarios colectivos, permitiéndole persistir frente a los cambios sociales ocurridos durante el período. En este sentido, las propias trabajadoras calificadas profesionalmente, como las

telefonistas, dactilógrafas y vendedoras, tampoco escaparon de las sospechas o dudas sobre su conducta, las que siempre eran de carácter sexual. A pesar de que no estaban expuestas a las miradas, su trabajo las exponía al trato directo con los hombres, ya fuera por medio del auricular o en una oficina durante largas jornadas, lo que generaba las más variadas fantasías en las mentes masculinas: de que las telefonistas eran ligeras y desinhibidas producto que la tecnología les daba cierta impunidad a través del juego de pulsiones que provocaba su voz en el *partner* telefónico o en el caso de las dactilógrafas, como mujeres activas sexualmente, eran capaces de todo, incluso de perder el honor para conseguir un amor imposible o el tan anhelado ascenso social por medio de un matrimonio conveniente. En los consultorios sentimentales, otro de los artefactos del dispositivo melodramático de la cultura de masas, el matrimonio era considerado junto a la maternidad el principal propósito de la vida femenina. Su participación en el mundo laboral sólo era valorada como una experiencia pasajera que sólo las exponía indebidamente a las miradas y habladurías sobre su integridad sexual. Ante la posibilidad “de perder a su novio y a todo hombre que pretenda casarse con usted”, uno de los más populares consejeros en los asuntos del corazón de la revista *Rosita* recomendaba a una afligida trabajadora administrativa de una oficina de Santiago aceptar sutilmente los códigos de una doble moral que privilegiaba el despliegue erótico de los hombres con otras mujeres, porque “si usted insiste hasta la majadería, terminará por aburrirse. Deje a sus compañeras que coqueteen un poco con él. Nada de malo hay en ello, si no traspasan los límites del respeto que él le debe a usted” (AMAR, 2009, p. 97). Era mejor acatar los dictámenes de la moral sexual imperante que perder la posibilidad de encontrar un esposo. Una de las vendedoras entrevistadas por Santiván reconoce que fue la necesidad económica de su familia el motivo que la impulsó a trabajar, situación que considera temporal y excepcional hasta “que mi hermano gane lo

suficiente para todos, o hasta...”, se queda en silencio por unos segundos, momento en que el escritor periodista recuerda haber observado en su cara “una ligera oleada de rubor”, tal vez por el pudor o coquetería producido por la confidencia que reafirma gesticulando ante lo dicho por el periodista:

Dígalo Ud., le decimos -hasta que encuentre novio que satisfaga sus aspiraciones. ¿Qué cosa más natural? ¿Lo piensa toda niña en formar su propia casa?... Ella nueve febrilmente las manos entre el montón de encajes que tiene delante del mostrador y levantando una tela transparente hasta la altura del su rostro nos mira sonriendo con malicia a través de la fina malla del tejido. ¿Se ha propuesto ‘confesarme’? Pues no, no señor. No me sacarán Uds., una palabra más!... amenazándonos con el dedo, a tiempo que se vuelve para atender a las damas elegantísimas que se acercan al mesón de nuestra interlocutora (SANTIVÁN, 1913, p. 387).

La confesión realizada por la joven le posibilita criticar las bases de una sociedad domestizante que no les permite apreciar la real importancia que tiene el trabajo para la vida, vinculándolo con las expectativas de libertad e independencia. Valores que no son compartidos por muchas trabajadoras entrevistadas que buscan cambiar su situación de vendedoras por “medio del matrimonio o porque sus familias mejoren su condición”. Al fin y al cabo, Santiván reconoce que la formación de una familia sigue siendo una de las principales expectativas para “la mayoría de las niñas chilenas de la clase media y también de la clase alta”, por consiguiente, de las jóvenes trabajadoras de las tiendas por departamento. A pesar de la preponderancia de un lenguaje de la necesidad presente en el decir de las entrevistadas, emerge -aunque tímidamente- la enunciación del trabajo como una experiencia positiva y enriquecedora en un espacio laboral que paulatinamente se transformaría en un ámbito femenino cada vez más respetable al estar en sintonía con los supuestos genéricos sustentados en los debates de la cuestión social como en la acción del Estado, y “que al menos les proporciona lo necesario para ir pasando la vida y ayudar a sus familias” (SANTIVÁN, 1913, p. 389).

Sin embargo, la búsqueda “desesperada” de un marido facilitó la consolidación de un estereotipo sexual al relacionar el trabajo de las vendedoras comerciales, en palabras del propio Santiván, con ciertas “maneras coquetas y desenvueltas” desplegadas en su trato público, especialmente “cuando llegaban clientes masculinos”, contribuyendo a consolidar “su imagen de cazadoras de maridos o, incluso peor, de prostitutas clandestinas” (HUTCHISON, 2006, p. 222). Si bien en el caso de las vendedoras, dactilógrafas y telefonistas habían evitado ingresar al espacio de la fábrica altamente masculinizado, que por lo mismo, estaba en mejor situación, más próxima al ascenso social que el resto de sus compañeras de menor calificación laboral. El vínculo entre trabajo, moralidad y sexualidad determinó de inmediato el valor asociado a su oficio. Ello queda demostrado cuando leemos en el Reglamento de servicio para el personal telefonistas de la empresa *The Chile Telephone Company* que:

el grado de educación que demuestre la empleada en su trato con el público y el celo con que efectúe su trabajo serán un gran factor para decidir los aumentos en el sueldo que la Empresa le acuerde... Para satisfacer debidamente al público es preciso que la empleada tenga un carácter agradable que sea paciente y cortés y que emplee términos correctos para contestar los llamados (REGLAMENTO PARA LOS TRABAJADORES, 1925, p. 4-5).

Por otra parte, la jornada laboral para telefonistas, dactilógrafas y especialmente para las vendedoras de las casas comerciales fue un tema clave respecto a su situación material como para la exigencia de derechos: largas horas atendiendo al público sin descanso, permaneciendo de pie y debiendo dejar ordenados los productos luego del cierre de la tienda, fueron la cara visible de la lenta acción legislativa en este sector de la fuerza laboral. Así lo deja en claro *La Mujer Nueva* (1935-1941), principal medio de difusión del Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH), en su edición de junio de 1936, cuando denuncia las extensas jornadas que iban más allá de las 12 horas diarias, demandando leyes de protección de un sector

laboral invisible en relación a las obreras industriales para avanzar en la tan anhelada igualdad (Año I, n. 7, p. 5).

Figura 5. Vendedoras de la Casa Francesa Gath & Chaves.



Fuente: (SANTIVÁN, 1913).

Al igual que las empleadas telefónicas, conforme con la crónica de la revista *Zig-Zag* (1905), las empleadas administrativas, dactilógrafas y vendedoras comerciales, además de manifestar un carácter afable para atender de buena manera los requerimientos de sus jefes y los consumidores, se agregaba como uno de los requisitos fundamentales en esta cultura de la imagen, la posesión de un aspecto físico agradable a los ojos de los compradores. Conforme al modelo

proyectado por las revistas, el requisito de la buena presencia era una exigencia crucial para conseguir el empleo. De aquí la expresión de oficios de cuello blanco e incluso en algunos avisos se manifestaba la preferencia a que fuesen mujeres jóvenes, es decir, señoritas preocupadas de su belleza y la salud de su cuerpo, asociado a la prolífica presencia publicitaria en los magazines dirigidos a las mujeres de productos de belleza y cuidado médico como de las últimas tendencias de la moda. La utilización constante de la frase “señoritas se necesitan...” hace referencia al requisito de edad de la trabajadora y a su condición potencial de soltera, excluyendo de manera velada a las mujeres casadas, limitadas por razones jurídicas que resultaban problemáticas para los empleadores por lo menos hasta la reforma del Código Civil en 1925 que les entregó la facultad para ejercer cualquier empleo como administrar sus ingresos a menos que su marido lo prohibiera (LAVRIN, 2005, p. 272).

Un rasgo social que las diferenció de las otras trabajadoras asalariadas, dando cuenta del acatamiento a una feminidad normativa pero que fue utilizada estratégicamente para demostrar públicamente su honorabilidad, fue sin duda alguna su buen vestir con esos “trajes de dos piezas” junto al uso de maquillaje y las modernas panty de nylon. Un claro ejemplo del acceso al consumo con valor social vinculado al ejercicio de su oficio como a la intensificación del deseo sobre propio cuerpo (figuras 4, 5 y 6). La preocupación por la presentación pública del cuerpo se reforzó en los años ‘40 con la creación de una sección estable en la revista *Eva* dedicada a orientar a las “amigas oficinistas” en el bien vestir (AMAR, 2009, p. 81). Eso sí, no olvidando las cualidades “naturales” propias del ser mujer, por lo tanto, de su condición de futuras madres, esposas y dueñas de casas. Territorios subjetivos de una feminidad tradicional que era tensionada por la presencia cada día más evidente de mujeres profesionales y modernas, interesadas por sus carreras laborales y partidarias del consumo transnacional. Pero esta corporización de la identidad laboral las transformó en objeto de miradas que en

muchas ocasiones llegaron a expresiones de acoso sexual como se desprende de las denuncias realizadas en la *Mujer Nueva* en la década de los '30. En el caso de las conductoras y cobradoras de tranvías y de las empleadas administrativas de la Compañía de Ferrocarriles, provenientes en su gran mayoría de sectores populares, el uso de uniforme estandarizado les permitió en cambio dar cuenta de una identidad colectiva como mujeres trabajadoras esforzadas, alejadas de los imaginarios injuriosos asociados a su actividad, por otro lado, les posibilitó definir una identidad gremial asociada a un servicio moderno fundamental para la ciudad (figura 7).

Figura 6. Moda. Las señoritas que trabajan.



Fuente: FAMILIA, nov. 1928.

Figura 7. Cobradora Doña Mercedes Zuñiga C. 12 de Abril de 1924.



Fuente: Archivo Fotográfico Chilectra.

En los avisos clasificados analizados, no sólo se indicaba a nivel de requisito la buena presencia, formalidad y seriedad, sino además se hacía hincapié en su calidad de “educadas”, es decir, debían manejar las herramientas de la ciudad letrada y sus mandatos sociales según las prescripciones de los manuales de urbanidad, constituyéndose en uno de los principales atributos de las vendedoras, dactilógrafas, telefonistas y secretarias en la prensa del período. En el caso de las vendedoras era necesario saber escribir y manejar las operaciones matemáticas, destrezas básicas que comenzaron a propagarse gracias a la política de escolarización impulsada a partir de la década del '20. Si bien hubo una base educativa común entregada por los establecimientos técnicos-profesionales como

los de secundaria, aunque de marcada orientación doméstica, debía existir cierta relación entre el nivel de educación y la jerarquía laboral de las vendedoras en las casas comerciales, ya fuera en su función de dependientas, cajeras o tenedoras de libros, así también queda en evidencia por las entrevistas realizadas por Santiván (GODOY, 1995; QUEIROLO, 2004). Esta situación de especialización les otorgó cierto prestigio y un aire de decencia en relación con las otras ocupaciones femeninas. De acuerdo a las narraciones periódicas, las vendedoras jefas de los distintos departamentos de las grandes tiendas además de poseer la mayor experiencia laboral debían contar, suponemos, con un grado mayor de cualificación educacional.

Frente a esta realidad discursiva como social, uno de los medios que posibilitaron “ganarse la vida” de manera respetable a los ojos sociales y legitimar el ingreso voluntario de las mujeres de clase media y popular al mundo laboral, constituyéndose en un alternativa real al trabajo industrial o al servicio doméstico, fue sin duda alguna el acceso a los oficios del sector de servicios. Haciendo uso estratégicamente de las retóricas naturalistas de la división y complementariedad sexual, al indicar que ciertas actividades por sus características eran exclusivas de la especificidad femenina, fundamentaron políticamente sus salidas a la calle desde la maternalización de sus actividades laborales. Reconociendo en el trabajo una necesidad femenina, Graciela Mandujano, en su condición de representante del Partido Cívico Femenino, en una entrevista realizada en 1929 por el diario *El Mercurio*, y apropiándose de las retóricas de la domesticidad sobre el valor social de la maternidad para la prosperidad nacional, sentenciaba desde una fundamentación demográfica que al carecer de los suficientes trabajadores para ocuparse en todos los sectores económicos, “las mujeres debían dedicarse al trabajo suave de las oficinas para permitir que los hombres se emplearan en los trabajos más duros que el país necesita” (RINKE, 2002, p. 108).

Las empleadas y profesionales fueron quienes en un proceso lento de agenciamiento consideraron al trabajo asalariado un medio para lograr no sólo su independencia económica sino también un camino para elaborar un proyecto de realización personal paralelo al modelo genérico contingente. A pesar de que las representaciones hegemónicas del trabajo femenino asalariado estaban marcadas por los discursos de la domesticidad y sus reelaboraciones médicas que condenaron o concibieron como excepcional, la presencia femenina en el mundo del trabajo moderno pasó a constituirse en un relato identitario y en un medio social para integrarse a la polis en su condición de ciudadana paralelamente en el ámbito del mercado y en lo político. Sin duda alguna, el recibir y disponer de un salario se establecieron como una de las principales señas para la definición de una identidad laboral positiva frente a los discursos sexuales de excepcionalidad por su supuesto carácter transitorio o directamente de deslegitimación y condena. A pesar de su marcada situación de desigualdad, al recibir generalmente menos de la mitad del pago que los hombres recibían por el mismo trabajo, les permitió acceder al disfrute, aunque de forma marginal, de los beneficios del mercado y sus fuentes de evasión, convirtiéndose en sujeto consumidor de los productos como estilos de vida moderno, entre ellos: el *rouge*, las salidas al cinematógrafo, las lecturas de “novelas rosa” y revistas femeninas, aspectos culturales mencionados recurrentemente en la prensa crítica al llamado “modo de emplearse en una oficina” como titulaba un artículo de *El Mercurio* (28 jul. 1929, p. 41). En un tono jocoso pero censurador, el periódico sensacionalista *Las Últimas Noticias*, al denunciar el caso de una empleada administrativa de una casa comercial, “no mal parecida”, que gastaba su sueldo en novelas pornográficas, más bien, esos folletines con historias de amor contrariados un poco subidos de tono, no sólo reproduce las prácticas discursivas respecto a la cuestión de la mujer en el trabajo, sino además

reconoce las nuevas pautas de consumo y recreación a las que se encontraban asociadas las trabajadoras del sector terciario en la cultura de masas:

En un telegrama llegado en la mañana de hoy a nuestro diario... nos comunica algunas severas medidas tomadas por varios jefes de casa de comercio de comercio de algunas empleaditas, que fueron sorprendidas con libros pornográficos en sus escritorios... la señorita D.G.I., gastaba casi todo su sueldo en adquirir esta clase de libros, por lo cuales como es de suponer, los libreros se dejan pedir sumas respetables. Apenas recibía el pago de fin de mes, se dirigía a su proveedor pornográfico y se surtía de las últimas novedades en la materia para tener un verdadero arsenal de inmundicia en su oficina, lejos de la vigilancia de sus padres. Así las cosas, se ha llegado a establecer que se gastaba cien y más pesos en obras pornográficas todos los meses, las cuales prestaba después a sus amigas, extendiéndoles así el mal como una verdadera cizaña. Pero las cosas llegaron en cierto momento a límites increíbles y como era de esperarse, se produjo un desenlace fatal para la señorita D.G.I., y sus compañeras... fueron despedidas de sus puestos, ante los sollozos y protestas de una regeneración. Por supuesto, que no hubo ninguna consideración para que las pecadoras que durante tanto tiempo habían dejado sus ocupaciones en las oficinas por dedicarse a tales lecturas. Según nuestro correspolosal, las cesantes lloran ahora inconsolables el dolor de su caída, los cuales como la insaciable Eva, han sido arrojadas del Paraíso por la maldita curiosidad (LAS ULTIMAS NOTICIAS, 2 feb. 1929, p. 10).

En el mismo sentido, en una encuesta realizada en 1938 en un total de 424 obreras, un 32,5% destinaba todo su sueldo para el mantenimiento del hogar y sólo el 24,5% retenía una parte el salario, del total de las entrevistadas, 46 reconocieron que trabajaban para lograr su independencia económica (LA MUJER NUEVA, n. 22, 1938, p. 2). Aunque insuficiente, existió la posibilidad que algunos excedentes fueran destinados a la obtención de productos y servicios modernos, evidenciándose importantes transformaciones en la jerarquización de los bienes necesitados por las mujeres y familias. Consideramos este proceso de empoderamiento un punto central a la hora de analizar el impacto real del trabajo moderno en la vida de las mujeres, que debe ser evaluado en relación con los aspectos culturales residuales y cambios sociales producidos en los fundamentos de una división sexualmente naturalizada del trabajo. En efecto, si retomamos la distinción que estableció Hannah Arendt (2003), y definimos el trabajo en su calidad de producción

social del vivir, podemos considerar la experiencia del trabajo a lo menos bajo tres perspectivas. En primer lugar, el trabajo se presentaría como una actividad determinada por la necesidad de subsistencia destinada a producir cosas para el consumo y, en segundo término, se relacionaría con la esfera de producción de cosas perdurables destinadas a hacer habitable el mundo. En cambio, el tercer nivel nos sitúa en otro registro que consideramos fundamental, ya que el trabajo no sólo aspira a producir cosas sino además ejerce su acción a nivel de las subjetividades, en tanto comprende la creación de uno mismo como la producción de un yo político a nivel colectivo, en nuestro caso de un nosotras mujeres trabajadoras.

Figura 8. Moleto, fábrica de calcetines y medias. Vitrina de la tienda del Palacio de la Luz, 16 de enero de 1932.



Fuente: Archivo Fotográfico Chollectra.

La experiencia del trabajo asalariado, base constituyente de los sujetos, en las mujeres a comienzos de siglo tuvo el poder de producir y modificar su condición genérica como social al intervenir en el espacio

público. Para la revista *Acción Femenina*, órgano de difusión del Partido Cívico Femenino y representante del feminismo liberal de clase media, la incorporación de las mujeres al mercado del trabajo moderno cuestionaba la ideología de la diádica complementaria de un espacio público-masculino de los semejantes y un espacio privado-femenino de las diferentes, al señalar que si “se argumentaba que la mujer está destinada al hogar. Y si basándose en ese mismo argumento, las mujeres se hubieran negado a concurrir a las usinas, a las fábricas de municiones y donde la voz de la Patria las llamaba ¿qué hubiera sido de Francia?” (ACCIÓN FEMENINA, n. 11, jul.1923, p. 2), validando el rol público, y en consecuencia político, del trabajo femenino en la esfera social productiva. De acuerdo a la escritora e inspectora de la Dirección General del Trabajo, Elvira Santa Cruz Ossa, más conocida por Roxane gracias a sus colaboraciones en distintas publicaciones, dentro de ellas la revista *Familia*, identificándose como una feminista de tomo y lomo, definía al femenino “como una cuestión económica... que se resuelve creando tres factores: el trabajo... la igualdad de remuneración, y la libre disposición de los bienes, gajes y salarios” (EL MERCURIO, 8 jun. 1924, p. 3). Las demandas por un mayor acceso a la educación y al “igual pago por igual trabajo” se convirtieron en los puntos centrales de la movilización feminista en la década de los ‘30. Para la propia Amanda Labarca, una de las principales intelectuales del período, en su libro *¿A dónde va la mujer?*, la educación y la renta eran, para el feminismo contemporáneo que ella representaba, dos de los requisitos previos para lograr el derecho al sufragio (LABARCA, 1934). A pesar que lo político quedará desplazado por la hegemonía de lo social en la praxis feminista, debemos reconocer que en los momentos más álgidos del debate sobre los derechos ante las reformas del Código Civil, de igual manera se discutieron a su vez la proyección de los derechos políticos y viceversa. Desde la tribuna de *La Mujer Nueva*, dos de sus vanguardistas fundadoras, Elena Caffarena y María Antonieta

Garáfulic, reconocieron en la “independencia económica” como la condición primordial para conseguir la verdadera “emancipación jurídica, económica y biológica”, principales objetivos programáticos del MEMCH, insistiendo a su vez en la necesidad que las mujeres participaran en los sindicatos junto a los hombres de su clase en la lucha por los derechos de los trabajadores (LA MUJER NUEVA, n. 1, nov. 1935, p. 1-2; n. 2, 8 dic. 1935, p. 3). “Mejor salario y menos hijos son los requisitos para emancipar a la mujer”, enfatizó el MEMCH durante toda su existencia como la principal organización feminista socialmente transversal y de presencia nacional, lo que se manifestó en una activa participación en las discusiones legislativas ante la decisión del Ministerio del Trabajo de reducir la tasa de empleabilidad femenina en las oficinas públicas y semifiscales a un 20%. Decisión fuertemente criticada por su carácter fascista, según la expresión utilizada por Marta Vergara, al negar el derecho de la mujer el trabajo, finalmente la medida no fue implementada producto de las campañas de presión desplegadas por la organización durante 1936. Consiguiendo uno de los triunfos políticos más significativos en el plano de la igualdad económica, además ese mismo año obtuvieron el reconocimiento legal de las empleadas particulares a recibir el mismo salario mínimo que sus pares hombres (LA MUJER NUEVA, n. 7, jun. 1936, p. 1; n. 12, dic. 1936, p. 1).

A modo de conclusión... “el trabajo... una promesa de felicidad”³

El análisis de las narrativas y retóricas de las revistas femeninas, feministas como de los magazines respecto del trabajo de las mujeres en el sector de servicios, entendiendo al lenguaje como estructurador de la experiencia histórica y a sus enunciados como expresiones de prácticas que organizados en discursos determinan *haceres* o *habitus* subjetivos y sociales que

³ROMANE. “Feminismo económico y criollo” (EL MERCURIO, 29 jul. 1924, p. 3. Apud, HUTCHISON, 2006, p. 276).

los propios sujetos aplican para comprender y modelar su propia realidad, nos posibilita adentrarnos en la reconstrucción de las experiencias laborales de las dactilógrafas, telefonistas, vendedoras y empleadas administrativas. En el mismo sentido, nos permite dar cuenta, retomando las reflexiones de Raymond Williams (1997), de lo permanente, es decir de la construcción de unas identidades en el marco de un lenguaje laboral altamente sexuado, y de lo emergente, vinculado con los intereses de clase y género que confluyeron en sus modos de representación. A su vez, también nos posibilita entender cómo estos procesos fueron configurando en el período estudiado la autopercepción del trabajo por parte de las propias mujeres a partir de sus experiencias cruzadas por el género, la clase y la política en un contexto de cambio.

En este sentido, los artefactos de la cultura de masas junto a sus producciones discursivas, que transformaron a las mujeres en objetos y a la feminidad tradicional en el fundamento de sus estrategias comercializadoras, posibilitaron la circulación de renovadas representaciones de las mujeres a partir de la misma acción femenina, particularmente desde la reformulación del discurso de género en su calidad de ciudadana trabajadora. “La máquina de escribir ha sido una gran victoria para el feminismo”, señalaba una articulista de la revista *Familia*, porque “les ha ofrecido a las mujeres una nueva profesión tan lucrativa como elegante y considerada... creando, además, un tipo social bien característico: la ‘pequeña’ ‘dáctilo’, quien con su frescura, su gracia y su sonrisa, ha reemplazado, casi en todas partes, ¡y cuán ventajosamente!, a los viejos y feos empleos”, utilizando las variaciones retóricas entre el feminismo de la igualdad y la diferencia, concluye que “hoy en día... son muchas mujeres que se ganan su vida pegadas a la máquina de escribir ¡Gloria para ellas y para el gran inventor, que ha sabido proporcionarles los medios para adquirir su independencia” (FAMÍLIA, n. 213, sep. 1927, p. 15). Nos encontramos aquí frente a una nueva generación de trabajadoras, mujeres jóvenes y solteras,

provenientes de la clase media pero también de los sectores populares, portadoras de una honorabilidad sustentada por la educación y un vestir decente, por su gusto por los libros, por unos valores asentados en la promoción de sus derechos como en su interés por desarrollar una carrera laboral. Indicios de una identidad construida como representada a contrapelo de los ordenamientos genéricos y en un permanente cuestionamiento de reappropriación estratégica de los condicionamientos de una ideología del trabajo sexualmente naturalizada.

Referencias

- ACCIÓN FEMENINA. *Partido Cívico Femenino*. Santiago de Chile, 1922-1923.
- ALLENDE PADÍN, Ramón. *De la reglamentación de la prostitución como profilaxis de la sífilis*. Valparaíso: Imprenta Colón, 1875.
- AMAR, Mauricio. *Cuerpos ideales*. La producción de la dueña de casa en las revistas de mujeres entre 1910 y 1950. Santiago, 2009. Tesis (Magíster en Estudios de Género y Cultura) - Universidad de Chile. Santiago, 2009.
- ARENKT, Hannah. *La condición Humana*. Barcelona: Paidós, 2003.
- BENÍTEZ, Alberto. *Manual práctico de medicina legal*. Adaptado al personal de los diferentes servicios de policías de Chile. Santiago de Chile: Talleres San Vicente, 1932.
- BOLETÍN MUNICIPAL DE SANTIAGO. *Matrículas de patentes profesionales, industriales y comerciales de Santiago*. Santiago de Chile, 1930.
- BRITO, Alejandra. Del rancho al conventillo. Transformaciones en la identidad popular femenina. Santiago de Chile, 1850-1920. In: GODOY, Lorena *et al.* (ed.). *Disciplina y desacato*. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX. Santiago de Chile: SUR-CEDEM, 1995.
- CÓDIGO DEL TRABAJO. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1932.
- CROIZET, Emilio. *Lucha social contra la mortalidad infantil en el período de la lactancia*. Santiago de Chile: Litografía i Encuadernación Barcelona, 1912.
- DESHAZO, Peter. *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*. Santiago de Chile: Dibam, 2007.

ECHEVERRÍA, Mónica. *Agonía de una irreverente*. Santiago de Chile: Sudamericana, 1998.

EDWARDS BELLO, Joaquín. *Antología de familia*. Santiago de Chile: Ediciones Sudamericana, 2000.

EGAÑA, Loreto; NÚÑEZ PRIETO, Iván; SALINAS, Cecilia. *La educación primaria de niñas. Una aventura de niñas y maestras*. Santiago de Chile: PIIE-LOM Ediciones, 2003.

EL MERCURIO. Santiago de Chile, 26 mar. 1926.

FAMILIA. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag, 1910-1928.

GÁLVEZ, Thelma; BRAVO, Rosa. Siete décadas de registro de trabajo femenino 1854-1920. *Estadísticas y Economía*. Santiago de Chile, n. 5, p. 1-52, 1992.

GODOY, Lorena. Armas ansiosas de triunfo: dedal, agujas, tijeras... La educación profesional femenina en Chile, 1888-1912. In: GODOY, Lorena *et al.* (ed.). *Disciplina y Desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: SUR-CEDEM, 1995.

GONZÁLEZ VIDELA, Gabriel. *Memorias*. Santiago de Chile: Editora Nacional Gabriela Mistral, 1975.

HUTCHISON, Elizabeth. *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1900-1930*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2006.

ILLANES, María Angélica. *Cuerpo y sangre de la política. La construcción histórica de las visitadoras sociales (1887-1940)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2007.

LA MUJER NUEVA. *Boletín del Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Gutenberg, 1935-1941.

LABARCA, Amanda. *¿A dónde va la mujer?* Santiago de Chile: Ediciones Extra, 1934.

LAS ULTIMAS NOTICIAS. Santiago de Chile, 2 feb. 1929.

LAVRIN, Asunción. *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay, 1890-1940*. Santiago de Chile: Dibam, 2005.

LECLERC, María Flor. *El romance de una dactilógrafa*. Santiago de Chile, 1928.

NASH, Mary. Identidades, representación cultural y discurso de género en la España contemporánea. In: CHALMETA, Pedro *et al.* *Cultura y culturas en la Historia*. Salamanca: Publicaciones de la Universidad de Salamanca, 1995.

OSSANDÓN, Carlos; SANTA CRUZ, Eduardo. *El estallido de las formas: Chile en los albores de la “cultura de masas*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2005.

PIGLIA, Ricardo. *El último lector*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2005.

PLATH, Oreste. *El Santiago que se fue. Apuntes de la memoria*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2010.

PRECIADO, Beatriz. Mies-conception: La casa Farnsworth y el misterio del armario transparente. *Zehar*. San Sebastián, n. 44, p. 26-32, 2000.

QUEIROLO, Graciela. Imágenes del trabajo femenino en Buenos Aires (1910-1930). In: SALOMONE, Alicia; LUONGO, Gilda *et al.* (ed.). *Modernidad en otro tono. Escritura de mujeres latinoamericanas: 1920-1950*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2004.

RECABARREN. *Escritos de prensa: 1898-1924*. Santiago de Chile: Editora Nuestra América, 1985.

REGLAMENTO para los trabajadores de The Chile Telephone Company. Santiago de Chile, 1925.

RINKE, Stefam. *Cultura de masas: reforma y nacionalismo en Chile, 1910-1931*. Santiago de Chile: Dibam, 2002.

ROSEMBLATT, Karin. Por un hogar bien constituido: el Estado y su política familiar en los Frentes Populares. In: GODOY, Lorena *et al.* (ed.). *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: SUR-CEDEM, 1995.

SANTIVÁN, Fernando. La mujer que trabaja. In: *Pacífico Magazine*. Valparaíso: Editorial Zig-Zag, p. 386-396, mar. 1913.

SARLO, Beatriz. *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1998.

SCOTT, Joan W. La experiencia como prueba. In: CARBONEILL, Neus; TORRAS, Meri (ed.). *Feminismos literarios*. Madrid: Arco, 1999.

URIBE ECHEVERRÍA, Juan. *Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular impresa del siglo XIX*. Santiago de Chile: Pineda Libros, 1973.

VICUÑA SUBERCASEAUX, Benjamín. *Costumbres de Santiago*. Recopilación de artículos sueltos. Santiago: Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1918.

WALKOWITZ, Judith. *La ciudad de las pasiones terribles*. Narraciones sobre el peligro sexual en el Londres victoriano. Madrid: Cátedra, 1995.

WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1997.

YÁÑEZ, María Flora. *Visiones de infancia*. Santiago de Chile: Editora Del Pacífico, 1960.

ZÁRATE, M. Soledad. *Dar a luz en Chile, siglo XIX*. De la “ciencia de hembra” a la ciencia obstétrica. Santiago de Chile: Dibam, 2007.

ZIG-ZAG. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag, 1905-1930.

